

Metropolitana

CONTACTENOS - editormetropolitana@comercio.com.pe

Pago de impuesto vehicular

El 29 de febrero vence el plazo para pagar el impuesto vehicular en cualquiera de las agencias del SAT. Informes: www.sat.gob.pe.

Serenazgo en Magdalena

Ante cualquier emergencia, recuerde que el teléfono para contactar al serenazgo en el distrito de Magdalena es el 418-0710.

EL TERRORISMO QUE NO DEBEMOS OLVIDAR

VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA TERRORISTA

Los desplazados de Ayacucho siguen atrapados en sus recuerdos

El 17 de mayo de 1980, en Chuschi, Ayacucho, nació el terror. En esta provincia cuyo vocablo quechua significa 'rincón de los muertos', las cifras de asesinados y desaparecidos bordean los 26 mil, según los investigadores, en 20 años de violencia promovida por Sendero Luminoso (SL). El genocidio tocó a este pueblo

de artesanos y campesinos y modificó el mapa poblacional: la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) refiere que 156.575 ayacuchanos migraron a otros poblados o salieron de la región para salvar sus vidas. Muchos de ellos se refugiaron en Lima y sus testimonios no deberían quedar en el olvido.

ELIZABETH SALAZAR VEGA

El alma no sobrevive tras Lucanamarca

La mitad del rostro de Eufrasia Quichua se rindió ante los recuerdos de 1983. La parálisis le dificulta hablar pero no recordar.

Fueron chiquillos que empezaron a pregonar en Lucanamarca una lucha a favor de los pobres y, bajo esa excusa, robaban ganado y mataban a la primera queja.

Todos sabían que Oligario Curitumay y su familia eran senderistas. "Decían que el partido tenía mil ojos, mil oídos y así han hecho callar, pues. Pero cuando Marciano [comunero con más bienes] fue muerto por reclamar el robo de sus vacas, nos levantamos".

Oligario fue asesinado y quemado. Y ese solo fue el principio. El 3 de abril de 1983 la mitad del pueblo estaba en la puna, trabajando, hasta que alguien gritó: ¡Vienen los terrucos! Unos bajaron por sus hijos, otros fueron al cerro Calvario, a defenderse. "Mi esposo era exmilitar y con la honra le sacó el ojo a un terruco", recuerda. Solo tenían palos y huarcas, los senderistas machetes, cuchillos y armas de fuego.

"Nos agarraron. A los hombres los echaron al suelo y con machetes y cuchillos les daban en la cabeza, en el cuerpo, como si no fueran gente. Yo gritaba y era peor. Disparaban a los que corrían a la iglesia. Unas vecinas se lanzaron llorando sobre los cuerpos y han tapado con sus polleras a mi esposo... Si no hubiera sido por un niño que gritó: '¡Ahí vienen los sinchis!', todos moríamos".

Ese día no perdió a su esposo, Mauro Huancahuari, sino en diciembre, cuando él y otras autoridades acudieron a una citación del cuartel militar Pampa Cangallo. "¿Qué hemos hecho para que mi pueblo sufra así? Mejor en la matanza hubiera muerto, aunque sea lo hubiese enterrado".

Ella recuerda que su esposo se fue un sábado a las 4 a.m. Recuerda cómo le sobrevino el derrame por la desesperación. Recuerda que en 1990 escapó a San Juan de Lurigancho, harta de oír que iba a morir como un perro porque sus hijas se casaron con policías. Recuerda mucho, y siempre.

Su boca semidormida ha hilvanado todo lo que no le permitió decir a la Comisión de la Verdad ni a otra entidad. Pero sus recuerdos no caben en estas líneas.

Huir de la pesadilla para ir a Huaycán

Lo primero que Delfina Raucana recuerda en su natal Atacocha es cuando los senderistas reunían al pueblo en la plaza para que vieran cómo morían sus paisanos. "Preguntaban si cortaban cuello o daban balazo, no tenían asco".

Tenía 15 años cuando SL se la llevó. "Me hacían gritar por la lucha armada. No podía cargar el arma y en la noche dormí en un hueco, a golpes. Un día estuve y escapé". Sus familiares juntaron dinero para enviarla a Lima. Vivió en una invasión, en Ate, pero regresó a los dos meses a Atacocha: su madre había sido herida.

"Los militares la golpearon, la habían dejado como muerta, toda sangre. Una señora dijo que seguro ella era terruca porque yo



ATACOCHA. Delfina, la primera del lado izquierdo, forma parte de Mama Quilla, un grupo que ha encontrado catarsis en el tejido. Ellas luchan por un terreno para levantar su taller.



LUCANAMARCA. Eufrasia no olvida que un docente senderista está en Lima y se camufló como víctima.

me había escapado y la han dejado así, moribunda, sin pruebas".

Delfina y su madre llegaron a Huaycán con lo que tenían puesto, sin saber que el terrorismo también se había apoderado de la zona. "¿Adónde íbamos a ir? Aprendió español a la fuerza, a lidiar contra los que señalan a los ayacuchanos como terrucos. "Acá también los militares nos hacían marchar y luego venía Sendero a amenazarnos por hacer eso".

Ha tratado de regresar, pero no tiene papeles para reclamar sus tierras que fueron tomadas por terceros, y los ancianos que se quedaron las tratan de cobardes por no quedarse a luchar.

Delfina se quiebra, no habla más. Ella y otros 282 desplazados de varias provincias se han unido en la asociación Mama Quilla. Sus trabajos de arpillería y lana guardan más historias y luchas de las que me puede contar.

Los ladridos son la antesala del miedo

"Así que este es el futuro guerrillero". Vidalina Salcedo no olvida la sentencia que le lanzó una senderista a su recién nacido. Era 1992 en Parinacochas y con su esposo celebraba la llegada del bebé hasta que los terroristas sacaron a la



QUINUA. Gedión y 'Alfredo', el rondero de arcilla que lo acompaña. Él y otros artesanos desplazados se unieron en la asociación Tawaq.

gente de sus casas para que vieran un nuevo ajusticiamiento.

El miedo que recorrió su cuerpo la acompañaba desde media-

dos de los 80, cuando el alcalde y los concejales de su pueblo huyeron y le dejaron la municipalidad al secretario: su hermano de



PARINACOCHAS. Vidalina vivió los años de violencia con su esposo.

19 años. Él también terminó huyendo. "En la noche dejábamos de hacer las tareas cada vez que ladraban los perros. Eso era señal de que los terroristas bajaban de los cerros y mis hermanitos debían esconderse en el follaje, para no ser reclutados. Hablábamos bajo y mirábamos por los huecos del adobe hasta que se iban".

Vidalina y su esposo resistieron casi dos años más. "Una tarde vimos un bus militar detenido. Llevaba 10 senderistas capturados, les pateaban en la cabeza. Allí estaba ella, la senderista que entró a mi casa. Eso fue lo último que supe del terrorismo", dice Vidalina y su voz apenas se percibe.

Afuera, en su casa de Villa María del Triunfo, los perros ladran.

Antes rondero, hoy artesano

El rondero Alfredo está inflado de arcilla y empuña un arma de madera. Gedión Fernández dice que no lo conoció, pero su historia es similar a la suya. Él fue obligado a integrar el Comité de Autodefensa en su natal Quinua y ser parte de los 66 mil ronderos que hasta ese entonces se contaban en Ayacucho y Huancavelica.

Su designación fue sorprendente. Era 1989 y se alejaba de Can-

gallo, donde trató de enseñar cerámica en los colegios desde 1985, cuando fue becado por Banco Interamericano de Desarrollo (BID) por su don de artesano. "Los terroristas habían copado los colegios y nos obligaban a incluir sus cánticos y arengas".

Se levantaba de madrugada para hacer rondas, vigilar desde las punas o pedir identificación a los transeúntes. "Los ronderos iban en primera fila cuando el ejército buscaba terrucos. Cualquiera podía morir". Él y decenas de artesanos que migraron a Ate hablan poco de su pasado, pero expresan todo en la arcilla. Fue su mejor terapia.

Los que callan...

Los desplazados de Ayacucho viven en los conos de Lima sin atención psicológica y buscan surgir. Muy pocos tienen el certificado del Estado que los acredita como víctimas, aunque este solo les sirve para colgarlo en la pared.

Su principal posesión es el miedo. El miedo de F. porque sus hijos no saben que de adolescente fue secuestrado por Sendero. O el temor de T., que cree que en su barrio hay infiltrados. No quieren hablar, no quieren fotos. Los que callan son muchos y su miedo no ha sido sanado.